

tido, holgáronse mucho, y dijeron: pues ha tornado en su acuerdo, y placirá á Dios no será nada. Ahí tornaron de nuevo á contar mis cuitas, y á reñirlas, y yo pecador á llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron demediar; y así, de poco en poco á los quince días me levanté y estuve sin peligro, mas no sin hambre, y medio sano.

Luego otro día que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta afuera, y puesto en la calle, díjome: Lázaro, de hoy mas eres tuyo y no mío, busca amo, y vete con Dios, que yo no quiero en mi compañía tan diligente servidor; no es posible sino que hayas sido mozo de ciego; y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna á meter en casa, y cierra su puerta.

## TRATADO III.

De cómo Lázaro se asentó con un escudero, y de lo que le acaesció con él.

Esta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco á poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde con la merced de Dios, dende á quince días se me cerró la herida, y mientras estaba malo siempre me daban alguna limosna; mas después que estuve sano todos me decían: tú, bellaco y gallofero eres; busca, busca un amo á quien sirvas. ¿Y adónde se hallará ese, decía yo entre mí, si Dios agora de nuevo (como crió el mundo) no le criase? Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harta poco remedio (porque ya la caridad se subió al cielo), topóme Dios con un escudero que iba por la calle con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden; miróme y yo á él, y díjome: mochacho, ¿buscas amo? Yo le dije: sí, señor; pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo; alguna buena oración rezaste hoy. Seguíle, dando gracias á Dios por lo que le oí, y también que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había menester. Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones; yo pensaba y aun deseaba que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque esta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy á tendido paso pasaba por estas cosas. Por ventura no le ve aquí á su contento, decía yo, y querrá que lo compremos en otro cabo.

Esta manera anduvimos hasta que dió las once: entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él; y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos; hasta que todo fué acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia, y á buen paso tendido comenzamos á ir por una calle abajo; yo iba ya el mas alegre del mundo, en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer; bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo, que se proveía por (1) junto, y que ya la comida estaría á punto, y tal como yo la deseaba y aun había menester. En este tiempo dió el reloj la una, después de medio día, y llegamos á una casa, ante la cual mi amo se paró y yo con él, y derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga, y abrió su puerta y entramos en casa, la cual tenía la entrada oscura y lóbrega, de tal manera, que parecía que ponía temor á los que en ella entraban; aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras. Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos muy limpiamente, y soplando un poyo que allí estaba la puso en él; y hecho esto, sentóse cabe ella, preguntándome muy por estenso de dónde era y cómo había venido á aquella ciudad.

(1) En junto.

Yo le di mas larga cuenta que quisiera; porque me parecía mas conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla, que de lo que me pedía; con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara.

Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver mas aliento de comer que á un muerto. Después desto consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa; todo lo que había visto eran paredes sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal areaz como el de marras; finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, díjome: tú, mozo, ¿has comido? No, señor, dije yo, que aun no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced en contré. Pues, aunque de mañana, yo había almorzado, dice, y cuando así como algo, hagote saber que hasta la noche me estoy así; por eso, pásate como pudieres; que después cenaremos. Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné á llorar mis trabajos; allí se me vino á la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que aunque aquel era desventurado y misero, por ventura toparía con otro peor; finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera; y con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije: señor, mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios: deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado della hasta hoy día de los amos que yo he tenido. Virtud es esa, dijo él, y por eso te querré yo mas; porque el hartarse es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien. Bien te he entendido, dije entre mí, maldita sea tanta medicina y bondad como aquestos mis amos, que yo hallo, hallan en la hambre. Púsemme á un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios.

El, que vió esto, díjome: ven acá, mozo, ¿qué comes? Yo lleguéme á él, y mostréle el pan; tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y mas grande, y díjome: por mi vida, que parece este buen pan. ¿Y cómo agora, dije yo, señor, es bueno? Y á fe, dijo él: ¿adónde le hubiste? si es amasado de manos limpias? No sé yo eso, le dije, mas á mí no me pone asco el sabor dello. Así plega á Dios, dijo el pobre de mi amo, y llevándolo á la boca comenzó á dar en él tan fieros bocados como yo en el otro. Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios. Y como le sentí de qué pié cojeaba, dime priesa, porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comedría á ayudarme á lo que me quedase, y con esto acabamos casi á una. Comenzó á sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado, y entró en una camarita que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije: señor, no bebo vino. Agua es, me respondió, bien puedes beber. Entonces tomé el jarro y bebi, no mucho, porque de sed no era mi congoja. Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, á las cuales yo le respondí lo que mejor supe. En este tiempo metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome: mozo, pásate allí, y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante. Púsemme de un cabo y él del otro, y hicimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer, porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba tendida la ropa encima de un negro colchon, que por no estar muy continuado á lavarse, no parecía colchon, aunque servía dél, con harta

menos lana que era menester: aquel tendimos, haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma maldita la cosa tenía dentro de sí, que puesto sobre el cañizo todas las cañas se señalaban, y parecían á lo propio entrecuesto de flaquisimo puercó; y sobre aquel hambriento colchon un alfamar del mesmo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar. Hecha la cama, y la noche venida, díjome: Lázaro, ya es tarde, y de aquí á la plaza hay gran trecho; también en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche capean; pasemos como podamos, y mañana, viniendo el día, Dios hará merced; porque yo por estar solo no estoy proveído; antes he comido estos días por allá fuera, mas ahora hacedlo hemos de otra manera. Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que bien sé pasar una noche, y aun mas, si es menester, sin comer. Vivirás mas sano, me respondió, porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho como comer poco. Si por esta vía es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esta regla por fuerza, y aun espero en mi desdicha tenella toda mi vida. Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas y el jubon, y mandóme echar á sus piés, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse, que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne. Y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad; maldijeme mil veces, Dios me lo perdona, y á mi ruin fortuna. Allí lo mas de la noche y lo peor, no osándome revolver por no despertalle, pedía á Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienzo á limpiar y sacudir sus calzas y jubon, sayo y capa, y yo que le servía de pelillo, y vistéme muy á su placer de espacio; echéle agua manos, peinóse y puso su espada en el talabarte, y al tiempo que la ponía, díjome: ¡oh si supieses, mozo, qué pieza es esta! No hay marco de oro en el mundo por que yo la diese; mas así, ninguna de cuantas Antonio hizo, no acertó á ponerle los aceros tan prestos como esta lo tiene; y sacóla de la vaina, y tentóla con los dedos, diciendo: vesla aquí, yo me obligo con ella cercenar un copo de lana. Y yo dije entre mí: y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras. Tornóla á meter, y ciñóse, y un sartal de cuentas gruesas del talabarte, y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro, y á veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo: Lázaro, mira por la casa en tanto que voy á oír misa, y haz la cama, y ve por la vasija de agua al río, que aquí abajo está, y cierra la puerta con llave no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque si yo viniere en tanto pueda entrar. Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente al conde de Arcos, ó á lo menos camarero que le daba de vestir.

Bendito seáis vos, Señor, quedé yo diciendo, que daís la enfermedad, y poneis el remedio. ¿Quién encontrará á aquel mi señor, que no piense, según el contenido de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y aunque ahora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? Grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis, y las gentes ignoran. ¿A quién no engañará aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¿Y quién pensará que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trajo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza? ¿Y hoy lavándose las manos y cara, á falta

de paño de manos, se hacia servir del halda del sayo? Nadie por cierto lo sospechará. ¡Oh, Señor, y cuántos de aquestos debeis tener por el mundo derramados, que padecen, por la negra que llamaban honra, lo que por vos no sufrirían! Así estaba yo á la puerta mirando y considerando estas cosas hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme á entrar en casa, y en un credo la anduve toda alto y bajo, sin hacer represa, ni hallar en qué. Hago la negra y dura cama, y tomo el jarro, y doy conmigo en el río, donde en una huerta vi á mi amo en gran recuesta con dos rebozadas mujeres, al parecer, de las que en aquel lugar no hacen falta, antes muchas tienen por estilo de irse á las mañanicas del verano á refrescar y almorzar sin llevar qué por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar. Y como digo, él estaba en ellas hecho un Macías, diciéndoles mas dulzuras que Ovidio escribió. Pero como sintieron dél que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago. El, sintiéndose tan frío de bolsa, cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la calor del gesto, y comenzó á turbarse en la plática, y á poner excusas no válidas. Ellas, que debían ser bien instituidas, como le sintieron la enfermedad, dejaronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con las cuales me desayuné, con mucha diligencia como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo torné á casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que bien era menester, mas no hallé con qué: púsemme á pensar qué haría, y parecióme esperar á mi amo hasta que el día demediasse, y viniese, y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fué mi esperanza desde que vi ser las dos y que no venía y que la hambre me aquejaba; cierró mi puerta y pongo la llave donde mandó, y tornóme á mi menester; con baja y enferma voz, y inclinadas mis manos en los senos, y puesto Dios ante mis ojos, y la lengua en su nombre, comienzo á pedir pan por las puertas y casas mas grandes que me parecía; mas como yo este oficio le hubiese mamado en la leche, quiero decir, con el gran maestro el ciego lo aprendí, tan suficiente discípulo salí, que aunque en este pueblo no hubiese caridad, ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas en el cuerpo, y mas de otras dos en las mangas, y senos. Volvíme á la posada, y al pasar por la tripería, pedí á una de aquellas mujeres, y dióme un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué á casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vino para mí; pensé que me quería reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme de dónde venía. Yo le dije: señor, hasta que dió las dos estuve aquí, y de que vi que vuestra merced no venía, fuíme por esa ciudad á encomendarme á las buenas gentes, y hanme dado esto que veis; mostréle el pan y las tripas que en un cabo de la halda traía, á lo cual él mostró buen semblante, y dijo: pues esperádoté he á comer, y de que vi que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que mas vale pedillo por Dios que no hurtallo. Y así él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca á mi honra, aunque bien creo que será secreto según lo poco que en este pueblo soy conocido: nunca á él yo hubiera de venir. Deso pierda, señor, cuidado, le dije yo, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esta cuenta ni yo de dalla. Ahora pues come, pecador, que si á Dios place, presto nos veremos sin necesidad, aunque te digo que después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido: debe ser de mal suelo, que hay casas desdi-

chadas, y de mal pié, que á los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe ser sin duda una dellas, mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella aunque me la den por mia.

Sentéme al cabo del poyo, y porque no me tuviese por gloton, callé la merienda, y comienzo á cenar y morder en mis tripas y pan, y disimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis haldas, que á aquella sazón servian de plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo habia dél, porque sentí lo que sentia, y muchas veces habia por ello pasado y pasaba cada dia. Pensaba si seria bien comedirme á convidalle; mas por me haber dicho que habia comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba que el pecador ayudase á su trabajo del nio, y se desayunase como el dia antes hizo, pues habia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo, porque nos acaesció estar á comer, él se andaba paseando, y llegóse á mí, y díjome: dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida ví á hombre, y que nadie te lo ve hacer que no le pongas gana aunque no la tenga. La muy buena que tú tienes, dije yo entre mí, te hace parecer la mia hermosa. Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba, y me abria camino para ello, y díjele: señor, el buen aparejo hace buen artífice; este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada, que no habrá á quien no convide con su sabor. ¿Una de vaca es? Sí, señor. Dígote que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que así me sepa. Pues pruebe, señor, y verá qué tal está. Póngole en las uñas la otra, y tres ó cuatro raciones de pan de lo mas blanco; asentóseme al lado, y comienza á comer, como aquel que lo habia gana, royendo cada huesecillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiciera. Con almudrote, decía, es este singular manjar. Con mejor salsa lo comes tú, respondí yo paso. Por Dios, que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado. Así me vengan los buenos años como es ello, dije yo entre mí. Pidióme el jarro del agua, y díselo como lo habia traído; señal, que pues no le faltaba el agua, que no le habia sobrado á mi amo la comida.

Bebimos, y muy contentos nos fuimos á dormir como la noche pasada; y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho ó diez dias, yéndome el pecador en la mañana con aquel continente (1) y paso contado á papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo. Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que habia tenido, y buscando mejoría, viniese á topar con quien no solo no me mantuviese, mas á quien yo habia de mantener. Con todo, lo queria bien, con ver que no tenia ni podia mas, y antes le habia lástima que enemistad, y muchas veces, por llevar á la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal; porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió á lo alto de la casa á hacer sus menesteres, y en tanto yo por salir de sospecha, desenvolví el jubón y las calzas que á la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo rasó hecha cien dobleces, y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. Este, decía yo, es pobre, y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el mal aventurado mezquino clérigo, que con dárselo Dios á ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre; aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla. Dios es testigo que hoy dia, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padecese lo que aquel le vi sufrir, al cual con toda su pobreza holgaria servir mas que á los otros por lo que he dicho. Solo tenia dél un poco de descontento: que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que abajara un poco su fan-

(1) Contento.

tasía con lo mucho que subia su necesidad; mas, según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada, aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fué, como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron en ayuntamiento que todos los pobres extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregon, que el que de allí adelante topasen fuese punido con azotes. Y así, ejecutando la ley desde á cuatro dias que el pregon se dió, vi llevar una procesion de pobres azotando por las cuatro calles, lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme á demandar. Aquí viera, quien verlo pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores della, tanto que nos acaesció estar dos ó tres dias sin comer bocado ni hablar palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas bilanderas de algodón, que hacian botones y vivian par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento, que de la laceria que les traian me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba, y yo no tenia tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho dias maldito el bocado que comió, á lo menos en casa bien lo estuvimos sin comer; no sé yo cómo ó dónde andaba y qué comia. Y verle venir á medio dia la calle abajo con estirado cuerpo, mas largo que galgo de buena casta, y por lo que tocaba á su negra, que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no habia en casa, y salia á la puerta escarvando los que nada entre si tenian, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo: malo está de ver que la desdicha desta vivienda lo hace; como ves, es lóbrega, triste, oscura: mientras aquí estuviéremos hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir della.

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecucion, un dia, no sé por cuál dicha ó ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real, con el cual vino á casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia, y con rostro (1) muy alegre y risueño me lo dió, diciendo: toma, Lázaro, que ya Dios va abriendo su mano; ve á la plaza y merca pan, vino y carne, quebremos el ojo al diablo; y mas te hago saber, porque te huelgues, que he alquilado otra casa, y en esta desastrada no hemos de estar mas de en cumpliendo el mes, maldita sea ella, y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré. Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno; mas tal vista tiene y tal oscuridad y tristeza; ve, y ven presto y comamos hoy como condes. Tomo mi real y el jarro, y á los piés dando priesa, comienzo á subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha si está constituido en mi triste fortuna que ningun gozo me venga sin zozobra? Y así fué este; porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que emplearia mi real, que fuese mejor y mas provechosamente gastado, dando infinitas gracias á Dios, que á mi amo habia hecho con dinero, á deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traian; arriméme á la pared por darles lugar, y desde que el cuerpo pasó venia luego par del lecho una que debia ser su mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres, la cual iba llorando á grandes voces, y diciendo: marido y señor mio, ¿adónde os me llevan? ¿A la casa triste y desdichada? ¿A la casa lóbrega y oscura? ¿A la casa donde nunca comen ni beben? Yo que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: ó desdichado de mí, para mi casa llevan este muerto; dejo el camino que llevaba, y hendi por me-

(1) Ceceo.

dio de la gente, y vuelvo por la calle abajo á todo el mas correr que pude para mi casa, y entrando en ella cierro á grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga á ayudar y á defender la entrada. El cual algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo: ¿qué es eso, mozo? ¿qué voces das? ¿qué has? por qué cierras la puerta con tal furia? O señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen un muerto. ¿Cómo así? respondió él. Aquí arriba le encontré, y venia diciendo su mujer: marido y señor mio, ¿adónde os llevan? ¿A la casa lóbrega y oscura? ¿A la casa triste y desdichada? ¿A la casa donde nunca comen ni beben? Acá, señor, nos le traen. Y ciertamente cuando mi amo esto oyó, aunque no tenia por que estar muy risueño, rió tanto que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenia ya yo echada el aldaba á la puerta y puesto el hombro en ella por mas defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habian de meter en casa; y desde que fué ya mas harto de reir que de comer el bueno de mi amo, díjome: verdad es, Lázaro, según la viuda lo va diciendo, tú tuviste razon en pensar lo que pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor, y pasan adelante, abre, abre, y ve por de comer. Déjeles, señor, acaben de pasar la calle, dije yo. Al fin vino mi amo á la puerta de la calle, y ábrela esforzándome, que bien era menester según el miedo y alteracion, y tórnome á encaminar. Mas aunque comimos bien aquel dia, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres dias torné en mi color, y mi amo muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideracion.

Destá manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fué este escudero, algunos dias, y en todos deseando saber la intencion de su venida y estada en esta tierra; porque desde el primer dia que con él asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenia. Al fin se cumplió mi deseo, y supe lo que deseaba; porque un dia que habiamos comido razonablemente, y estaba algo contento, me contó su hacienda, y díjome ser de Castilla la Vieja, y que habia dejado su tierra no mas de por no quitar el bonete á un caballero su vecino. Señor, dije yo, si él era lo que decís, y tenia mas que vos, no errabades en quitárselo primero, pues decís que él también os lo quitaba. Si es, y si tiene, y también me lo quitaba él á mí, mas de cuantas veces yo se lo quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna, y ganarme por la mano. Parésceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo, y que tienen mas. Eres muchacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el dia de hoy está todo el caudal de los hombres de bien; pues hágote saber que yo soy (como ves) un escudero; mas vótote á Dios, si al conde topo en la calle, y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algun negocio ó atravesar otra calle si la hay, antes que llegue á mí, por no quitárselo, que un hidalgo no debe á otro que á Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona.

Acuérdome, que un dia deshonré en mi tierra á un oficial, y quise poner en él las manos, porque cada vez que me topaba me decía: mantenga Dios á vuestra merced. Vos, don villano ruin, le dije yo, ¿por qué no sois bien criado? Manténgaos Dios, me habeis de decir, como si fuese quien quiera. De allí adelante, de aquí acullá me quitaba el bonete, y hablaba como debia. Y no es buena manera de saludar un hombre á otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios? Mira, mucho de enhoramala, dijo él, á los hombres de poco arte dicen eso, mas á los mas altos como yo, no les han de hablar menos de: beso las manos de vuestra merced, ó por lo menos, bésoos, señor, las manos, si el que me habla es caballero. Y así, aquel de mi tierra,

que me atestaba de mantenimiento, nunca mas le quise sufrir, ni sufriria (1), ni sufriré á hombre del mundo, del rey abajo que, manténgaos Dios, me diga. Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue. Mayormente, dijo, que no soy tan pobre, que no tengo en mi tierra un solar de casas, que á estar ellas en pié y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrian mas de doscientos mil maravedis, según se podrian hacer grandes y buenas; y tengo un palomar, que á no estar derribado como está, daria cada año mas de doscientos palominos, y otras cosas que me calló, que dejé por lo que tocaba á mi honra; y vine á esta ciudad pensando que hallaria un buen asiento, mas no me ha sucedido como pensé.

Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo; mas es gente tan limitada, que no los sacaré de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir á estos es gran trabajo, porque de hombre os habeis de convertir en malilla, y si no, andad con Dios, os dicen, y las mas veces son los pagamentos á largos plazos, y las mas ciertas, comido por servido; ya cuando quieren formar conciencia, y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara, en un sudado jubón, ó raida capa ó sayo. Ya cuando asienta hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria, pues por ventura no hay en mi habilidad para servir y contentar á estos. Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese porque sabia mentille tan bien como otro, y agradalle á las mil maravillas; reille ya mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no habia de ver, y ponerme á reñir donde él lo oyese con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que á él tocaba; si riñese con algun su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado; decille bien de lo que bien le estuviere; y por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar á los de casa y á los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy dia se usan en palacio, y á los señores dél parecen bien, y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios, y que no son personas de negocios, ni con quien el señor se puede descuidar, y con estos, los astutos usan, como digo, el dia de hoy, de lo que yo usaria. Mas no quiere mi ventura que le halle. Desta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo, dándome relacion de su persona valerosa.

Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja: el hombre le pide el alquiler de la casa, y la vieja el de la cama; hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara; pienso que fueron doce ó trece reales; y él les dió muy buena respuesta, que saldria á la plaza á trocar una pieza de á dos, y que á la tarde volviessen; mas su salida fué sin vuelta. Por manera, que á la tarde ellos volvieron, mas fué tarde; yo les dije que aun no era venido. Venida la noche, y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuime á las vecinas, y contélas el caso, y allí dormí. Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino, mas á esotra puerta. Las mujeres le responden: veis aquí su mozo y la llave de la puerta. Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabia adónde estaba, y que tampoco habia vuelto á casa desde que salió á trocar la pieza, y pensaba que de mí y dellos se habia ido con el trueco. De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano, y hélos do vuelven luego con ellos y toman la llave, y llamanme y llaman testigos, y

(1) Sufría.

abren la puerta y entran á embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada, como he contado, y dicenme: ¿Qué es de la hacienda de tu amo, sus arcas y paños de pared y alhajas de casa? No sé yo eso, les respondí. Sin duda, dicen ellos, esta noche lo deben de haber alzado y llevado á alguna parte. Señor alguacil, prended á este mozo, que él sabe adónde está. En esto vino el alguacil, y echóme mano por el collar del jubon, diciendo: mochacho, tú eres preso: si no descubres los bienes deste tu amo. Yo como en otra tal no me hubiese visto, porque asido del collar había sido muchas veces, mas era mansamente dél trabado, para que mostrase el camino al que no veía, yo hube mucho miedo, y llorando prometí de decir lo que me preguntaban. Bien está, dicen ellos, que lo que sabes, y no hayas temor. Sentóse el escribano en un pozo para escribir el inventario, preguntándome ¿qué tenía? Señores, dije yo, lo que este mi amo tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado. Bien está, dicen ellos, por poco que eso valga hay para nos entregar de la deuda. ¿Y á qué parte de la ciudad tiene eso? me preguntaron. En su tierra, les respondí yo. Por Dios, que está bueno el negocio, dijeron ellos. ¿Y adónde es su tierra? De Castilla la Vieja, me dijo él que era, les dije.

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo: bastante relacion es esta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese. Las vecinas que estaban presentes dijeron: Señores, este es un niño inocente, y ha pocos días que está con este escudero, y no sabe dél mas que vuestras mercedes, sino cuanto el pecadorcillo se llega aquí á nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios, y á las noches se iba á dormir con él. Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil y escribano piden al hombre y á la mujer sus derechos, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido; porque ellos alegaron no ser obligados á pagar, pues no había de qué, ni se hacía el embargo. Los otros decían que habían dejado de ir á otro negocio que les importaba mas por venir á aquel. Finalmente, después de dadas muchas voces, al cabo carga un porqueron con el viejo alfamar de la vieja, y aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces; no sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara por todos, y bien se empleaba; pues el tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados se andaba alquilando. Así como he contado me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha; pues, señalándose todo lo que podía contra mí, hacia mis negocios tan al revés, que los amos que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

#### TRATADO IV.

Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced, y de lo que le acaeció con él.

Hube de buscar el cuarto, y este fué un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron; al cual ellas le llamaban pariente, gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amísimos de negocios seglares y visitas, tanto que pienso que rompía él mas zapatos que todo el convento. Este me dió los primeros zapatos que rompí en mi vida, mas no me duraron ocho días, ni yo pude con su trote durar mas. Y por esto, y por otras cosas que no digo, salí dél.

#### TRATADO V.

Cómo Lázaro se asentó con un buldero, y de las cosas que con él pasó.

En el quinto por mi ventura di, que fué un buldero el mas desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador de las que jamás yo vi, ni ver espero, ni pienso nadie vió; porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sutiles in-

venciones. En entrando en los lugares do habían de presentar la bulla, primero presentaba á los clérigos ó curas algunas cosas, no tampoco de mucho valor ni sustancia: una lechuga murciana si era por el tiempo, un par de limas ó naranjas, un melocoton, un par de duraznos, cada sendas peras verdiales. Así procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses á tomar la bulla, ofreciéndosele á él las gracias, informábase de la suficiencia dellos; si decían que entendían, no hablaba palabra en latín por no dar tropezón; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltisimía lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo que mas con dinero que con letras y con reverendas se ordenan, hacíase entre ellos un santo Tomás, y hablaba dos horas en latín, á lo menos que lo parecía aunque no lo era. Cuando por bien no le tomaban las bullas, buscaba cómo por mal se las tomasen, y para aquello hacía molestias al pueblo. Y otras veces con mañosos artificios, y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos ó tres días haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bulla, ni á mí ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana despedir la bulla. Y esa noche, después de cenar, pusieron á jugar la colación él y el alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras. El llamó al alguacil ladrón, y el otro á él falsario; sobre esto el señor comisario, mi señor, tomó un lanzón, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano á su espada que en la cinta tenía: al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos, y métense en medio, y ellos muy enojados procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar; mas como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas, entre las cuales el alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bullas que predicaba eran falsas; finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada á otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado, y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermón para despedir la bulla. Y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bullas diciendo, como eran falsas, y que el mismo alguacil riñendo lo había descubierto. De manera que atrás que tenían mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrecieron. El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermón, y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien y indulgencia como la sancta bulla traía. Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la iglesia el alguacil, y desde hizo oración, levantóse, y con voz alta y pausada, cuerdamente comenzó á decir: «Buenos hombres, oídme una palabra, que después oiréis á quien quisierdes. Yo vine aquí con este echacuervo que os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia, y agora visto el daño que haría á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bullas que predica son falsas, y que no le creáis ni las tomeis, y que yo directe ni indirecte no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo; y si en algún tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos, como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda, antes os desengañó y declaro su maldad.» Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honra-

dos que allí estaban se quisieron levantar y echar al alguacil fuera de la iglesia por evitar escándalo; mas mi amo fué á la mano y mandó á todos que so pena de excomunión no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese; y así él también tuvo silencio mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho; como calló, mi amo le preguntó que si quería decir mas que lo dijese. El alguacil dijo: harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad; mas por agora basta. El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al cielo, dijo así: «Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y á quien nada es imposible, antes todo posible, tú sabes la verdad, y cuán injustamente yo soy afrentado; en lo que á mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones; no mires aquel que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria á tí hecha, te suplico, y por justicia te pido, no disimules, porque alguno que está aquí, que tal vez pensó tomar aquesta santa bulla, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre lo dejará de hacer; y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea desta manera; que si es verdad lo que aquel dice, y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo, y meta siete estados debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos. Y si es verdad lo que yo digo, y aquel, persuadido del demonio (por quitar y privar á los que estan presentes de tan gran bien), dice maldad, también sea castigado, y de todos conocida su malicia.»

Apenas había acabado su oración el devoto señor mio, cuando el negro alguacil cae de su estado, y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y torcella, y hacer visajes con el gesto, dando de pié y de mano, revolviéndose por aquel suelo á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos á otros, algunos estaban espantados y temerosos; unos decían: el Señor le socorra y valga, otros, bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio. Finalmente, algunos que allí estaban, y á mí parecer no sin harto temor, se llegaron y trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas á los que cerca dél estaban; otros le tiraban por las piernas, y tuvieron reciamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan recias coeces tirase. Y así le tuvieron un gran rato, porque mas de quince hombres estaban sobre él, y á todos daba las manos llenas, y si se descuidaban en los hocicos. A todo esto el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia, que él plantó, y ruido y voces que en la iglesia había no eran parte para apartalle de su divina contemplación. Aquellos buenos hombres llegaron á él, y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo, y que no mirase á las cosas pasadas, ni á sus dichos malos, pues ya dellos tenía el pago; mas si en algo podía aprovechar para librarle del peligro y pasión que padecía, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues á su petición y venganza el Señor no alargó el castigo. El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y á todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo: Buenos hombres, vosotros nunca habiades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado. Mas pues él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda, y su majestad perdona á este que le ofendió poniendo en su santa fe obstáculo; vamos todos á suplicarle. Y así bajó del púlpito y encomendó aquí muy devotamente suplicasen á nuestro Señor tuviese por bien de

perdonar á aquel pecador, y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si su majestad había permitido que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas, y delante del altar con los clérigos comenzaban á cantar con voz baja una letanía, y viniendo él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos que casi nada se le parecía sino un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la cual hizo llorar á toda la gente como suelen hacer en los sermones de pasión de predicador y auditorio devoto, suplicando á nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados; y esto hecho mandó traer la bulla, y púsose en la cabeza, y luego el pecador del alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y á tornar en sí, y desde fué bien vuelto en su acuerdo, echóse á los piés del señor comisario, y demandándole perdón, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer á él daño y vengarse del enojo, lo otro y mas principal, porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bulla. El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos, y á tomar la bulla hubo tanta priesa, que casi á viva viva en el lugar no quedó sin ella, marido, y mujer, y hijos, y hijas, mozos y mozas; divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando á ellos llegabamos no era menester sermón ni ir á la iglesia, que á la posada la venían á tomar como si fueran peras que se dieran de balde. De manera, que en diez ó doce lugares de aquellos alrededores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bullas sin predicar sermón. Cuando se hizo el ensayo, confesó mi pecado, que también fui dello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver después la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso y inventivo de mi amo, y aunque mochacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: «¿Cuántas destas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!» Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas.

#### TRATADO VI.

Cómo Lázaro se asentó con un capellán, y lo que con él pasó.

Después de esto asenté con un maestro de pintar paños para molelle las colores, y también sufrí mil males. Siendo ya en este tiempo buen mozo, entrando un día en la iglesia mayor, un capellán della me recibió por suyo, y púsome en poder un buen asno y cuatro cantaros y un azote, y comencé á echar agua por la ciudad. Este fué el primer escalon que yo subí para venir á alcanzar buena vida; daba cada día á mi amo treinta maravedis ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás entre semana de treinta maravedis. Fuéme también en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubon de fustán viejo, y un sayo raído de manga trenzada y puerta, y una capa que había sido frizada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desde que me vi en hábito de hombre de bien, dije á mi amo que se tomase su asno, que no quería mas seguir aquel oficio.

#### TRATADO VII.

Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaeció con él.

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil; mas muy poco viví con él, por parecerme

oficio peligroso; mayormente, que una noche nos corrieron á mí y á mi amo á pedradas y á palos unos retraídos, y á mi amo, que esperó, trataron mal; mas á mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato; y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa, y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré, que fué un oficio real, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen. En el cual el día de hoy yo vivo y resido al servicio de Dios y de vuestra merced; y es, que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia, y declarar á voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance. Hame sucedido tan bien, y yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto que, en toda la ciudad el que ha de echar vino á vender ó algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya; y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer, y así me casé con ella, y hasta ahora no estoy arrepentido; porque allende de ser buena hija y diligente servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda, y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo; por las pascuas su carne, y cuándo el par de los bodigos, las calzas viejas que deja; y hizonos alquilar una casilla par de la suya; los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa; nias malas lenguas, que nunca faltaron, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué, y sí sé qué, porque ven á mi mujer irle á hacer la cama, y guisalle de comer, y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad; porque allende de no ser ella mujer que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá, que él me habló un día muy largo

delante della, y me dijo: Lázaro de Tormes, quien ha de mirar á dichos de malas lenguas nunca medrará; digo esto, porque no me maravillaría que alguno murmurase, viendo entrar en mi casa á tu mujer y salir della; ella entra muy á tu honra y suya, y esto te lo prometo. Por tanto, no mires á lo que pueden decir, sino á lo que te toca, digo á tu provecho. Señor, le dije, yo determiné de arrimarme á los buenos; verdad es, que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por mas de tres veces me han certificado, que antes que conmigo casase había parido tres veces, hablando con reverencia de vuestra merced, porque está ella delante.

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros; y después tomóse á llorar y á echar mil maldiciones sobre quien conmigo la había casado, en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca; mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que la hice de nunca mas en mi vida mentarla nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes; hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes cuando alguno siento que me quiere decir algo della, le atajo y le digo: mirad, si sois mi amigo, no me digais cosa con que me pese; que no tengo por mi amigo al que me hace pesar, mayormente si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo mas quiero, y la amo mas que á mí, y me hace Dios con ella mil mercedes y mas bien que yo merezco, que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer, como vive dentro de las puertas de Toledo; y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él. Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa. Esto fué el mismo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como vuestra merced habrá oído. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad, y en la cumbre de toda buena fortuna.

## SEGUNDA PARTE

DE

# LAZARILLO DE TORMES,

Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES,

POR INCIERTO AUTOR.

### CAPITULO PRIMERO.

En que da cuenta Lázaro de la amistad que tuvo en Toledo con unos tudescos, y lo que con ellos pasaba.

En este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna, y como yo siempre anduviese acompañado de una buena galleta de unos buenos frutos, que en esta tierra se crian, para muestra de lo que pregonaba, cobré tantos amigos y señores, así naturales como extranjeros, que do quiera que llegaba no había para mí puerta cerrada; y en tanta manera me vi favorecido que me parece, si entonces matara un hombre ó me acaeciera algun caso recio, hallara á todo el mundo de mi bando, y tuviera en aquellos mis señores todo favor y socorro. Mas yo nunca los dejaba boquisecos, queriéndolos llevar conmigo á lo mejor que yo había echado en la ciudad, á do hacíamos la buena y espléndida vida y gira: allí nos aconteció muchas veces entrar en nuestros piés y salir en ajenos. Y lo mejor desto es, que todo este tiempo, maldita la blanca Lázaro de Tormes gastó ni se la consentian gastar; antes si alguna vez yo de industria echaba mano á la bolsa fingiendo quererle pagar, tomábanlo por afrenta, y mirábanme con alguna ira y decían: *Nite, nite, Asticol, lanz*, reprehendiéndome diciendo, que do ellos estaban nadie había de pagar blanca.

Yo con aquello moríame de amores de tal gente, porque no solo esto; mas de perniles de tocino, pedazos de piernas de carnero cocidas en aquellos cordiales vinos, con mucha de la fina especia, y de sobras de cecinas y de pan me henchian la falda y los senos cada vez que nos juntábamos, que tenía en mi casa de comer yo y mi mujer hasta hartar una semana entera. Acordábame en estas harturas de las mias hambres pasadas, y alababa al Señor, y dábale gracias, que así andan las cosas y tiempos. Mas como dice el refrán, *quien bien te hará, ó se te irá, ó se morirá*. Así me acaeció, que se mudó la gran corte, como hacer suele; y al partir fui muy requerido de aquellos mis grandes amigos me fuese con ellos, y que me harían y acontecerían: mas acordándome del proverbio que se dice: *mas vale el mal conocido, que el bien por conocer*, agradeciéndoles su buena voluntad, con muchos abrazos y tristeza me despedí dellos. Y cierto, si casado no

fuera no dejara su compañía, por ser gente muy hecha á mi gusto y condicion. Y es vida graciosa la que viven no fantásticos, ni presumptuosos, sin escrúpulo ni aseco de entrarse en cualquier bodegon, la gorra quitada si el vino lo merece: gente llana y honrada, y tal y tan bien proveída, que no me la depare Dios peor cuando buena sed tuviere.

Mas el amor de la mujer y de la patria que ya por mía tengo, pues como dicen: *de do eres hombre*, tiraron por mí; y así me quedé en esta ciudad, aunque muy conocido de los moradores della, con mucha soledad de los amigos y vida cortesana. Estuve muy á mi placer con acrecentamiento de alegría y linaje por el nacimiento de una muy hermosa niña, que en estos medios mi mujer parió, que aunque yo tenía alguna sospecha, ella me juró que era mía; hasta que á la fortuna le pareció haberme mucho olvidado, y ser justo tornarme á mostrar su airado y severo gesto cruel, y aguarme estos pocos años de sabrosa y descansada vida con otros tantos de trabajos y amarga muerte. ¡Oh gran Dios! Y ¿quién podrá escribir un infortunio tan desastrado, y acacimamiento tan sin dicha, que no deje holgar el tintero poniendo la pluma á sus ojos?

### CAPITULO II.

Cómo Lázaro, por importunacion de amigos, se fué á embarcar para la guerra de Arjel, y lo que allá le acaeció.

Sepa vuestra merced, que estando el triste Lázaro de Tormes en esta gustosa vida, usando su oficio y ganando él muy bien de comer y de beber, porque Dios no crió tal oficio, y vale mas para esto que la mejor veinte-y-cuatría de Toledo; estando asimismo muy contento y pagado con mi mujer, y alegre con la nueva hija, sobreponiendo cada día en mi casa alhaja sobre alhaja, mi persona muy bien tratada, con dos pares de vestidos, unos para las fiestas y otros para de contino, y mi mujer lo mismo, mis dos docenas de reales en el arca, vino á esta ciudad, que venir no debiera, la nueva para mí y aun para otros muchos de la ida de Arjel. Y comenzáronse de alterar unos, no sé cuántos vecinos, diciendo: vamos allá, que de oro hemos de venir cargados. Y comenzáronme con esto á poner codicia; djelo á mi mujer, y ella, con gana de volverse

FIN DE LA PRIMERA PARTE DE LAZARILLO DE TORMES, POR DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.